

Opinión

EN CARICATURAS

El patito feo



Muertos al alza



Asonadas bailables



Más papistas que el Papa



Exceso de audacia y creatividad fiscal  
Mauricio Cárdenas

Nada más difícil que reducir el gasto público, sobre todo en un país como Colombia, donde, contra lo que generalmente se piensa, el Estado no es particularmente grande. Recortar es bastante popular frente a la opinión calificada, pero duro a la hora de la verdad, pues el problema del Estado colombiano no es de sobrepeso sino, más bien, de falta de músculo.

Difícil o no, la dieta después de que se desplomaron los ingresos fiscales con la caída de los precios del petróleo resultó efectiva: el gasto en funcionamiento e inversión del Gobierno Nacional se redujo de 16,8 % del PIB en 2013 a 15,6 % del PIB en 2018, que equivale a más de 12 billones de pesos de hoy. Pero esto ya es historia patria.

Hoy, las preocupaciones son otras. Se acaba de publicar el marco fiscal de mediano plazo, que traza la ruta de lo que será el manejo fiscal de la actual administración. No se viene un gran apretón del gasto: el 15,6 % del PIB en 2018 se espera bajarlo a 15,4 % del PIB en 2022. Esto es pragmático, pues reducir el gasto en adelante requiere recortar subsidios que tocan fibras muy sensibles social y políticamente. Por esa misma razón no creo en el ajuste más drástico que el Gobierno propone entre 2023 y 2029, pero eso es ya futurología.

Sin embargo, aunque el gasto cae poco en este cuatrienio, el Gobierno proyecta reducir fuertemente el déficit, de 3,1 % del PIB en 2018 a 1,6 % del PIB en 2022, en línea con la regla fiscal.

Para lograrlo necesita un au-

mento en los ingresos. ¿Pero cómo? ¿No han dicho todos los economistas que la reforma tributaria de 2018 va a reducir los ingresos del Gobierno a partir del año entrante? ¿Acaso el Gobierno no acaba de afirmar que no habrá más reformas tributarias?

Aquí es donde entra en escena la creatividad, mezclada con un poco de audacia y suerte.

La suerte proviene de las utilidades del Banco de la República. Al Gobierno se le apareció la Virgen con un cheque de 3 billones de pesos por año, cuando hasta hace poco lo que había era pérdidas. Pese que hay quienes han opinado en contra, contablemente son un ingreso del Gobierno y es correcto registrarlos como tal.

La audacia tiene que ver con las privatizaciones. Aquí, el problema tampoco es contable: es técnicamente correcto tratar la utilidad en la venta de activos (el valor de venta en exceso del valor en libros) como un ingreso del Gobierno. Pero es audaz porque el Gobierno está contra el tiempo si quiere enajenar activos como ISA

o Ecopetrol para cuadrar la caja este año y el entrante. La experiencia enseña que se trata de procesos largos y contenciosos. Y, más allá de esto, al no ser una estrategia sostenible a la cual se pueda recurrir todos los años, las privatizaciones generan más preguntas que respuestas.

Pero lo verdaderamente audaz es suponer que hoy se pueden vender activos para convertirlos en plata de bolsillo y tener así con qué pagar las cuentas del Gobierno. El caso de Isagén, donde los ingresos de la venta se utilizaron para capitalizar la Financiera de Desarrollo Nacional y apalancar el programa 4G, y no para financiar el Gobierno, sentó un precedente.

Por último está la creatividad. Nadie ha comentado el artículo 245 del Plan Nacional de Desarrollo, que autorizó al Gobierno a pagar gastos corrientes de la salud con TES. No me refiero al de deudas viejas de la nación, como las sentencias, sino al pago de cuentas que corresponden a gastos de este año. Al pagarse directamente con TES, no se registran como gasto ni aumentan el déficit fiscal. Se estima que el Gobierno utilizará esta figura en un monto cercano a los 3 billones de pesos.

Esta mezcla de audacia, creatividad y suerte es la que le permite al Gobierno anunciar que va a sobrecumplir las metas fiscales y lograr en 2019 y 2020 un déficit inferior al que le fija la regla fiscal.

Si el objetivo es impresionar los mercados, no creo que se logre. Nadie va a agradecer ser más papistas que el Papa, especialmente si para lograrlo se tiene que incurrir en prácticas no sanctas.



Un mundo sin rumbo  
Antonio Albiñana

Las dudas de Trump

El mundo asiste en las últimas semanas a complicadas situaciones geopolíticas creadas por el que se considera el presidente más errático que haya sufrido la primera potencia del planeta. El Fondo Monetario Internacional advierte que, de seguir su guerra comercial decretada contra China, se plantearía una amenaza a nivel mundial. Por otra parte, se están creando las condiciones para una guerra en Oriente Próximo, para determinar "el fin oficial de Irán", según anunció en un tuit el propio Donald Trump, como antes amenazó por el mismo medio "destruir totalmente a Corea del Norte".

En la práctica, Trump está consolidando una doctrina inédita en las relaciones internacionales y en la credibilidad de sus líderes: amenazar, incluso imponer graves sanciones previas, para luego plantear una negociación. Lo hizo con el presidente Kim Jong-un antes de sentarse varias veces con el sátrapa norcoreano, que lo va aventajando en habilidad para ganar tiempo y aliados. Lo está haciendo, con peor suerte, con Irán. Primero suspendió en el último minuto (según la narración oficial difundida) un ataque militar preparado contra objetivos militares como represalia por el derribo de un dron espía estadounidense, por la "desproporción" que la acción podría causar en vidas humanas. Unos días después, el lunes pasado, incrementó un nuevo paquete de presiones económicas sobre Irán. Todo ello antes de manifestar su deseo de negociar con los dirigentes islámicos, eso sí, con la omnipresente amenaza: "No quiero una guerra con Irán, pero si se produce, habrá destrucciones nunca antes vistas", según declaraciones a la NBC.

En definitiva, lo que Trump buscaría, impulsado por sus asesores y los aliados en la zona -Arabia Saudí e Israel-, sería fortalecer a los más duros del régimen de los ayatolá e impulsarlos a usar el arma que tienen más a mano, el control sobre el estrecho de Ormuz, por donde circula un tercio del petróleo del planeta, y cuestionar su adhesión al tratado de no proliferación nuclear para usos militares, que hasta ahora han respetado.

Donald Trump ha ido prescindiendo de su entorno más civilista y sensato para quedar sometido al exdirector de la CIA Mike Pompeo y al actual secretario de Seguridad Nacional, John Bolton. En la *situation room*, la sala de crisis de la Casa Blanca, al menos en tres ocasiones ha planeado el espectro de una nueva guerra de consecuencias imprevisibles. Por ejemplo cuando, el pasado mes de abril, llamó "animal" al presidente, sirio Bashar al Assad, prometiéndole una ración de misiles "preciosos, nuevos e inteligentes". Finalmente, el terror a un enfrentamiento directo entre Rusia y Estados Unidos en territorio sirio pudo sobre las baladronadas trumpistas.

Pero Trump no quiere llegar a las elecciones presidenciales de 2020 con una tercera guerra en Oriente, sin haberse deshecho de Irak ni, más allá, de Afganistán. Ante sus fieles, que le piden dedicación a los asuntos internos de Estados Unidos, prometió, después de las elecciones de 2018: "Acabar con un ciclo destructor de intervenciones y caos" y "poner fin a los cambios de regímenes extranjeros de los que no sabemos nada y con los cuales no deberíamos sentirnos implicados".

La dialéctica, entre impulsivos recién llegados como Trump y representantes de una cultura milenaria como la iraní, es compleja. Cabría recordar cuando su antecesor en el bando republicano Ronald Reagan suplicó al ayatolá en 1980, a través de enviados directos, que no dejara libres a los rehenes de la embajada de Estados Unidos secuestrados en Teherán, antes de las elecciones presidenciales, para no brindarle un triunfo al demócrata Carter. Lo que consiguió.

Rodeado de 'halcones', Trump se resiste a abrir nuevos frentes militares, pero ha decretado el "estado de máxima alerta" en Oriente Próximo. En todo caso, como sentencia su antiguo secretario de Defensa Jim Mattis: "Cuando no se gasta en diplomacia, hay que gastar en más munición".

'Lo que quería decir era...'

Empecé dos carreras y no terminé ninguna. En economía, las matemáticas me sobrepasaron, mientras que en periodismo nunca empecé la tesis. No solo porque en ese momento tenía dos trabajos que me quitaban todo el tiempo, sino porque me daba jartera hacer una vaina llamada marco teórico. Y mientras que de la primera no recuerdo nada, en periodismo aprendí que la opinión era el último escalón del oficio. Que tocaba primero curtirse en géneros como la reseña, la noticia, la entrevista y el reportaje, y luego sí, después de haber golpeado mucha tecla, se podía aspirar a decir lo que se pensaba y ponerlo con foto y firma. En mi caso, entre una cosa y otra pasó más de una década. Siempre sentí que opinar era lo mío, solo que no tenía el recorrido suficiente para ejercer.

Pero eso era antes. Hoy, el periodismo es otra cosa por las redes sociales, a las que no podemos culpar aunque han cambiado todo. Tenemos ejércitos de opinadores en Twitter e Instagram, en YouTube y WordPress. También en medios tradicionales, sin que muchos de ellos hayan hecho las escalas necesarias; pasan directamente de gaitar a querer correr los cien metros planos en menos de diez segundos, y muchas veces un nombre en cualquier otra profesión, así no tenga nada que ver con periodismo, les alcanza para que les den un espacio y los gradúen como líderes de opinión.

Lo que pasa es que todos tenemos que comer, y, muchas veces,



El arte de opinar  
Adolfo Zableh Durán

el camino más sencillo es opinar. Siempre será más fácil decir lo que pensamos que estudiar ingeniería mecánica. Y, encima, hay quien disfruta sentirse importante, poderoso, relevante. Por eso se nos olvida que opinar es una responsabilidad y no un privilegio, un logro y no un regalo. Y es así como vemos a tanto personaje que opina desde su púlpito, sintiéndose infalible, repartiendo fuego y falsa sabiduría, como si los demás fuéramos una tabacamaña de incultos que no sabemos ni sonarnos con un pañuelo.

Es cierto que aunque las personas somos ignorantes y manipulables, hay que saber cómo manejarlas, porque si descubren tu truco, estás cocinado. Y para ser un falso profeta sin ser desenmascarado son necesarias una estructura mental y una facilidad de palabras que los colombianos no tenemos porque nos falta talento hasta para eso. Sentarse a escribir lo hace cualquiera, conocer las re-

glas básicas de ortografía y saber poner tildes no es tan difícil, pero eso tampoco alcanza para opinar; se requiere habilidad para transmitir ideas, característica que tampoco poseemos. Pero es que no hay mucho más dónde buscar; estos que usted lee somos los menos malos. En realidad, la mayoría somos perversos, solo que estamos bien de amigos.

Por eso ve usted a gente que se repite o se contradice, que vuelve sobre una idea para ver si logra desenredar el nudo que armó. De ahí que sea común la frase 'lo que quería decir era...', que es la máxima de derrota del opinador. Si usted quería decir algo, tenía el espacio para hacerlo y no lo hizo, quizás es que no tiene la capacidad para tal cosa. Da miedo examinarse y descubrir que tal vez no somos quienes creemos ser, pero es necesario, que ya hay exceso de voces. Eso, y también que en el afán por figurar decimos cualquier arbitrariedad sin pensar en las consecuencias. Cuando leo y oigo a los opinadores nacionales, me da pena decir que me dedico a lo mismo que ellos, pero es que de algo tengo que vivir.

Cada vez que me siento a escribir intento no olvidar que no soy profesional y que finjo entender el mundo, aunque en realidad vaya por ahí dando tumbos. No soy mejor que nadie, y mi único afán es expresarme, no volverme viral. Es que ni diplomás tengo. No solo abandoné dos carreras, sino que después de graduarme del colegio rompí el diploma de bachiller porque pensaba que no servía para nada, al menos no para opinar. Hasta razón tenía.